

CAPÍTULO 1

COMIENZA CON PALABRAS  
EN UN JARDÍN

El hombre no es un animal sociable por naturaleza, aunque la vida civilizada lo haya convertido por fuerza en uno. Esto puede apreciarse en la historia de sus moradas. Al principio hombre y mujer vivían en una caverna, como los leopardos y otros animales carnívoros, alejado de forma implacable de sus semejantes; o bien aprovechaban agujeros en el suelo, o construían chozas sobre las copas de los árboles con ramajes y enredaderas. Las cuevas, los agujeros y las cabañas aún eran particulares. Con el paso del tiempo los hombres comenzaron a concentrarse en los pueblos, donde cada uno se construía su propia choza. Y esa continúa siendo la esencia de las casas construidas en el campo, en los pueblos, e incluso en la zona al este de las ciudades, todas distintas, únicas; viviendas de individuos particulares.

Pero en nuestras ciudades construimos casas en fila y en avenidas, en calles y en travesías; las paredes están pegadas las unas a las otras, aunándose en bloques que se extienden a

lo lejos en una uniformidad constante y alargada de ladrillo rojo y de puertas y de ventanas. El arquitecto diseña calles, no casas, pensadas para las clases y los sueldos apropiados en lugar de para los individuos. Pero el arquitecto se equivoca: las paredes delgadas de ladrillo y los comportamientos civilizados dividen a los corredores de bolsa, a los abogados, a los comerciantes, al rico y al pobre en diferentes familias, con tanta efectividad como la jungla y la ferocidad dividían a sus antepasados salvajes. Fueron los cuerpos débiles y enfermizos de estos hombres, así como sus cerebros astutos, los que los condujeron hasta la entrada de los edificios y de las casas enormes, hasta las avenidas repletas de acogedoras villas, hasta las calles humildes, unas iguales a las otras. No obstante, tras las hileras alargadas de paredes de ladrillo y ventanas, y de tejadillos a dos aguas sobre las puertas principales, así como bajo los finos uniformes de cada clase o profesión determinada, cada hombre continúa siendo un animal monógamo y solitario, misteriosamente único en sus pensamientos y en sus sentimientos, tan celoso por la mujer que está a su lado —a pesar de estarlo bajo la bendición del clérigo y el pesado anillo de oro— como si se encontrase aún en la cueva primigenia, y la mujer hubiera venido hasta él para convertirse en un objeto de su propiedad, y para que él se convirtiese en propiedad de ella, y así juntos traer al mundo hijos en una inmensa cama de cobre.

Cuando los intelectuales londinenses dan un paseo por los suburbios de la ciudad, a menudo son incapaces de apreciar nada de lo anterior. El arquitecto les engaña con sus ladrillos y sus tejadillos a dos aguas y sus apliques de escayola. Tiemblan al contemplar esas filas de hongos rojizos que se levantan en los antiguos jardines y mercados, en las huertas de antaño, todos ellos con la misma alegre madera y enyesados similares,

las mismas cortinas blancas igualmente a medio correr. Y todos exclaman: «¡Oh! ¡Estas casitas de ladrillo rojo! ¡Igualitas las unas de las otras, como aquellos que las habitan!».

Pero se equivocan, igual que el arquitecto. Estos abogados de poca monta, o estos personajes que «son alguien importante en el barrio financiero», únicamente se parecen los unos a los otros en su apariencia exterior, solo en esa delgada lámina que los cubre, formada por la civilización sobre el fuego de nuestros sentimientos primigenios. Todos ellos llevan los mismos sombreros de paja y visten los mismos trajes de muselina en verano, y en invierno bombines y ternos oscuros. Todos piensan las mismas cosas de una forma idéntica, puesto que las reglas de este mundo extraño por el cual les ha tocado vagabundear resultan tan complejas que todos ellos agradecen con humildad el poder agarrarse a aquello que se les ha concedido. Es por eso que aceptan las villas recubiertas de escayola que el arquitecto construye para ellos, porque para ellos la escayola y el ladrillo rojo y los tejadillos de madera, y también el delicado rosa del almendro en flor, el cual trae la primavera al jardín delantero durante una breve semana, representan un acogedor e íntimo confort. Se les han dicho estas cosas y por ello las creen. En ese aspecto, eso es cierto, son todos iguales. Pero por sí mismos, en esos íntimos sentimientos en los cuales nadie les ha instruido, bajo el manto añadido de sombreros de paja y opiniones dadas, cada uno de ellos arde con un individualismo feroz.

Esta individualidad les asusta en gran medida, y es el suyo un miedo que podemos rastrear hasta las enredaderas y las cabañas y la selva. Lo esconden tanto como pueden bajo los sombreros de paja y los abrigo y la religión; pero de vez en cuando se les escapa, cuando no piensan en ello. Se les escapa en sus jardines. Las personas que piensan en la Naturaleza,

con una N mayúscula, que hablan del dios Pan y de la Madre Tierra, dirán que es el aroma de la tierra el que libera estos pensamientos ocultos.

En Richstead,\* cuando el arquitecto construye sus hileras de casas de ladrillo rojo, a la vez construye, levantando tres muros de ladrillo de siete pies cada uno, un paralelogramo de tierra desnuda. Y lo llama un jardín. Se trata de una tierra baldía en la cual, en ocasiones, se eleva un manzano caduco, o un peral, supervivientes de las huertas devastadas por la civilización. Al principio cada paralelogramo se parecía al que tenía al lado, tan uniformes todos como las casas a las cuales se encontraban adscritos. Mientras el arquitecto edifica sus casas, los primeros matojos florecen sobre la tierra como el primer vello sobre la barba de un rostro, haciéndolas parecer sucias y tristes. Pero cuando las casas son alquiladas, los paralelogramos de tierra se convierten en los jardines de los corredores de bolsa y de los comerciantes. Los dueños se yerguen sobre estos pedazos de tierra, algunos incluso cavan en ellos. Cada jardín se vuelve distinto, con su césped y sus parterres de flores y su cenador y sus arcos. En algunos se les permite a las malas hierbas expandirse en una incomprensible exuberancia; en otros, en cambio, florecen ordenados jardines de rosas. En Richstead existen modas sobre los sombreros y las chaquetas, sobre los conciertos al aire libre y sobre salir a conducir sobre el puente. No existen modas sobre los jardines, puesto que en cada uno de ellos incluso las malas hierbas son diferentes.

Era una tarde de junio en el suburbio de Richstead. Sobre el jardín de los Garland se derramaba el calor del verano. La señora Garland no era una virgen en el sentido estricto de la

\* Suburbio ficticio de Londres, mezcla de Richmond y Hampstead. (*Todas las notas son del Editor.*)

palabra, pero sí era una viuda con cuatro hijas todavía puras, y lo había sido durante un período de tiempo tan prolongado que podría decirse que había alcanzado una especie de segunda virginidad. Además, el jardín no contenía trazas de elemento masculino alguno. No podían apreciarse lugares donde la tierra apareciera desnuda, señalando o ensuciando el césped cuadrado y perfecto. Sobre este se hallaban un par de doradas hojas de árbol, cuales dos elegantes doncellas, que, cada año al llegar la primavera, liberasen su gloriosa y áurea cabellera. Jazmín y melocotones pasados rompían la monotonía de los tres muros, y algunas malvas y altos girasoles, diminutas matas rosáceas y pensamientos rellenaban los parterres casi vacíos que corrían cercanos a los muros y los senderos de piedra amarilla. Pero el orgullo de la señora Garland y de Ethel, May y Gwen, era el espectáculo ofrecido por los dorados lirios del valle y las rosas ordenadas en los círculos y las medias lunas, los cuales, tras una seria consideración, habían sido recortados en el césped. En este, los lirios destacaban como vírgenes y las rosas florecían. Se trataba de un jardín en el sentido más auténtico de la palabra, y el aroma de las rosas y de los lirios podía percibirse incluso desde el comedor cuando las ventanas estaban abiertas. Sus dueñas lo cuidaban con mimo, recortando cada mañana antes del desayuno las flores muertas, marrones y desmadejadas, con un par de tijeras, las cuales se encontraban en el vestíbulo, enganchadas a una puntilla especialmente para este propósito. Las muchachas seguían un turno prefijado para llevar a cabo esta tarea. El jardín era la envidia de St Catherine's Avenue. Un número incalculable de damas había comentado lo maravilloso de lograr que floreciesen plantas como aquellas tan cerca de Londres. Las rosas de la señora Garland se abrían en verdad conservando los pétalos intactos, como ocurría con las rosas auténticas, en lugar de

permanecer medio cerradas de manera obstinada, los pétalos de un magenta desgastado recubierto con cientos de pequeños bichitos verdosos descansando letárgicamente los unos sobre los otros, como ocurría por regla general en otros jardines de St Catherine's Avenue.

Aún hacía calor, aunque fueran las cinco y media. El zumbido de los insectos entre las rosas y el aire pesado hacían que pareciera un día de agosto en lugar de uno de junio. Ethel, May y Gwen habían tomado el té bajo el solitario y caduco melocotonero, situado en el margen del césped y del sendero. Ninguna de ellas había dicho gran cosa en el último rato. Gwen estaba echada en una tumbona con una novela sobre el regazo. Observaba a sus dos hermanas mayores de esa forma poco atenta con la cual uno a veces mira sin llegar a ver las cosas y las personas, y la casa y los muebles y los parientes con los que se ha pasado toda la vida. Frente a ella Ethel estaba sentada de aquella forma suya tan erguida sobre la silla de enea, concentrada con la aguja sobre el breve remiendo blanco sobre el que trabajaba; y May, echada hacia delante, las piernas abiertas y los pies anclados al suelo, los codos sobre las rodillas, leía otra novela que había sacado de la biblioteca local.

Gwen meditaba sobre el indefinido descontento que sentía, una desazón que parecía acometerla con mayor frecuencia durante las últimas semanas. Sabía que no se trataba de un sentimiento muy apropiado, y por lo tanto nada en el mundo le habría hecho comunicárselo a persona alguna. Y sin embargo ahí estaba de nuevo esa sensación; no podía concentrarse en su libro. De repente, la atención que mostraban los ojos de color azul pálido de su hermana Ethel, unida a la dulce expresión de sus labios apretados, las robustas piernas de May y la carne de sus mejillas hundida por la presión de las manos mientras se inclinaba sobre la novela, despertaron

en Gwen un sentimiento inequívoco de disgusto. Bostezó sonoramente y volvió a echarse sobre la tumbona. Ninguna de sus hermanas pareció inmutarse. Elevó los ojos y observó a las golondrinas desplazándose en una rápida línea que se perdía sobre los tejados, para reaparecer un instante después sobre su cabeza y luego esfumarse entre las casas, y volver a mostrarse otra vez en el mismo lugar, y vuelta a empezar. Sus chillidos la irritaron aún más si cabe. Alargó las piernas y volvió a bostezar, esta vez con más fuerza.

Ethel levantó la mirada de su labor.

—Enseñas un buen trozo de pierna, querida —dijo con su voz suave.

—En cualquier caso no tanta como May.

May elevó los ojos del libro, y sin moverse examinó a Gwen. A continuación y con lentitud retiró una de las manos de su rostro, y buscó el final de su falda con ella. Se mostró satisfecha: la falda se encontraba tan solo a una pulgada o dos del suelo.

— No tengo ni idea de a qué te refieres —dijo aparentando dignidad—. Creo que te equivocas, ¿no es así, Ethel?

— En fin, Gwen —respondió Ethel sin prestar atención, llevando un hilo blanco con parsimonia a través de sus labios, y haciendo que su mirada pasara de los zapatones marrones de May a las ofensivas piernas de Gwen—. De veras que no veo a qué te refieres. A May solo se le ve el pie, pero en lo que se refiere a ti, puedo verte la pierna casi entera, bueno, por lo menos hasta la rodilla.

—¡Ja, ja! Gwen —dijo May con evidente satisfacción, regresando a su libro.

—¡Dios santo! —dijo Gwen—. ¿Qué importancia tienen mis piernas? El caso es que uno siempre puede arreglárselas para verle las piernas a May.

May volvió a levantar la mirada, frunciendo el ceño.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Uno siempre parecer estar viendo tus piernas, querida May, no importa lo gruesa que sea tu falda. Son inherentes a tu personalidad.

Ethel se interpuso educadamente entre ambas.

—¿No crees que ya hemos hablado de piernas durante demasiado rato? No parece avanzar mucho con tu libro, Gwen. ¿Es que no es bueno?

— ¡Vaya! ¡Muy típico de Gwen! —se quejó May—. ¡Alguien le recrimina alguna cosa, y ella se lanza a atacar a otra persona! —Pero dijo todo esto escondiendo los pies debajo de la silla, y empujando la falda por encima de las rodillas.

—Se llama *Youth and the Prow*.<sup>\*</sup> ¡Me enfurece! Es tan, tan...

—Oh, yo lo leí —dijo Ethel—. Recuerdo que me gustó. Pensé que era tan inteligente... ¿Y por qué te enfurece?

Gwen frunció el ceño, se incorporó en la tumbona, y miró a May.

—En fin, May —comenzó—, siento lo que he dicho sobre tus piernas. No es cierto, y además ha estado muy feo. Lo siento de veras.

—Está bien... —murmuró May sin dejar su libro.

—Oh, Ethel, ¿es que a ti nunca te sulfuran estas novelas? Son *tan* inteligentes... La gente que sale en ellas me hace sentir envidia; es como leer sobre gente rica que tiene todo lo que quiere. ¿No te sientes nunca como una de las heroínas de esas novelas?

Ethel llevaba sus treinta y siete años escritos en el rostro,

\*. El título correcto del libro es *Youth on the Prow (Juventud en la proa)*, novela romántica de Emma Caroline Wood, publicado por primera vez en 1879.



en las líneas que rodeaban sus pálidos ojos azules, y en las venas diminutas que surcaban su rostro conectándose como una red de aspecto demasiado enrojecido. Un rubor casi imperceptible le coloreó las mejillas.

— Solía hacerlo, Gwen, pero no creo que me ocurriera ahora, al menos no mucho.

—Pues yo sí me enfurezco. Supongo que todo el mundo lo hace. Aunque la mayoría de las veces simplemente lo dejo estar. Me doy cuenta de lo absurdo que resulta. No somos para nada como las personas que salen en los libros; ellos son tan superiores... Mira por ejemplo el personaje de Clare...

—Creo recordar que vivía en Richstead, ¿verdad?

—Sí, eso es. Y tenía veintiún años. Yo tengo veinticuatro.

—¿Y bien, querida?

—Bien, pues mira las cosas que hace y lo que le ocurre. Son cosas que sería inimaginable que le pasaran, pongamos por caso, a Hilda Lynton, ¿a que no? ¡Imagínate a Hilda fufándose con un artista durante toda una semana a Cornualles! ¿Te la imaginas hablándole como Clare le habla a Stephen sobre el mar y las rocas y la tierra? ¿Puedes imaginarte a alguien diciéndole a Hilda que es como el mar, su «pureza fría transfigurada en un luminoso calor por la luna»?

—No veo a dónde quieres llegar.

—Me imagino que, si leyera esto, Hilda pensaría que tiene un aire a Clare. Y sería absurdo también en mi caso creerlo sobre mí misma. No concibo que cosas como esas le ocurran nunca a la gente en Richstead; al menos no a la gente como nosotros. Es absurdo.

—Pero Gwen, querida, es solamente un libro. Creo que no me apetece siquiera que me ocurran cosas como esas.

Gwen miró a Ethel. Detectó en su rostro algo parecido a la más suave paciencia que pudiera imaginarse.

—Pero, Ethel, ¿es que nunca deseas que hubiera algo...? Quiero decir, ¿que algo *ocurriese*?

—Bueno —dijo Ethel animadamente—. Pues de hecho ya ha pasado algo. Finalmente han logrado alquilar el número 21, y mamá está allí de visita.

—Y lleva allí un montón de tiempo —dijo May, cerrando su libro.

—Me pregunto cómo serán... —dijo Gwen—. Byron no parecía un caballero precisamente, o al menos eso pensé...

—¿De quién habláis? —preguntó Ethel.

—El hijo con el cuello levantado. May y yo lo vimos entrar en la casa esta mañana. Lo hemos bautizado como Byron.

—No entiendo por qué mamá tiene que visitar siempre a la gente nueva del vecindario —dijo May—. Nadie más lo hace. Después de todo, Richstead pertenece a Londres. Es mucho mejor no conocer a los vecinos de la casa de al lado. Supongo que no son caballeros, o al menos no visten como tales.

—Puede que sea más divertido si no lo son... —dijo Gwen.

—Me pareció que el joven que vimos tenía buena planta —dijo Ethel—. Daba la impresión de ser alguien con bastante mundo y parecía tener vena de artista. No sé por qué dices que no son caballeros. El padre es abogado, de hecho. Es bastante absurdo decir que los abogados no son caballeros.

—¿Y tú cómo sabes que el padre es abogado?

—La señora Lyton se lo contó a mamá; y hablando del rey de Roma, aquí la tenemos.

La señora Garland cruzó la pequeña verja de hierro que conducía al jardín desde el camino y la breve media luna de césped que, con las lilas y los arbustos y una araucaria mal crecida, constituían el jardín delantero. Iba enteramente vestida de negro, y llevaba la cabeza cubierta por un gorro

del mismo color adornado con flores de un violeta intenso. Uno podía imaginarse a Ethel, si hubiera tenido cincuenta y nueve años, cuatro hijos y sobrevivido a un marido durante muchos años, idéntica a la señora Garland mientras cruzaba el césped. Era evidente que había más del señor Garland en May, y aún más si cabe en Gwen. La señora Garland parecía lo que era: una mujer corpulenta y paciente, que ya había dejado atrás los años dedicados al cuidado de un marido y una familia. Ahora era una viuda de rostro redondeado, bastante parecido al que tenía cuando su marido la conoció, cuando era una dulce chica de dieciocho años. Había alcanzado la edad en la cual las mujeres visten ropas oscuras, y caminar es una carga, y los pensamientos de uno y las conversaciones versan sobre lo que ha ocurrido en lugar de sobre lo que todavía está por ocurrir.

—En fin, queridas —dijo con una leve sonrisa, mientras Ethel acudía a su encuentro y May y Gwen se levantaban de sus asientos.

Gwen corrió hacia su madre, la cogió del brazo y la hizo sentarse.

—¡Ahora, madre —dijo— cuéntanoslo todo, deprisa! ¡Sabes que nos morimos por escuchar cómo son!

La señora Garland sonrió a Gwen. Era la sonrisa de Ethel, una sonrisa que estaba a menudo sobre los labios de la madre y de la hija mayor, muy dulce, muy paciente, y sin embargo una sonrisa que a menudo parecía proveniente de una persona con una inteligencia limitada, curiosamente desconectada de los pensamientos auténticos de la persona que la emitía. Cuando la veías por primera vez, pensabas con felicidad que eras tú quien la había provocado, que se dirigía a tu persona, para más tarde descubrir con decepción que no tenías más que ver con ella que la silla sobre la cual estabas sentado.

—He visto únicamente a la señora Davis y a su hija. Las dos parecen muy amables; algo extranjeras, me temo.

—Supongo que serán judíos... —dijo May.

—¿Sabes, May? —dijo la señora Garland en voz baja y seria—. Creo que tienes razón. Me parece que deben de serlo. No tienen pinta de ir a la iglesia.

Se hizo un silencio. Un sentimiento de decepción invadió a Gwen.

—Pero cuéntenos algo de ellos, madre —insistió—. ¿Te recibieron en la salita?

—Así es.

—¿Y cómo es?

—Bastante agradable; tienen cosas muy bonitas, esa es mi impresión; porcelana, y jarrones, y ese tipo de cosas. Y un piano, y una mesa con libros encima. Me parece que no es mala idea tener una mesa así, hace que la habitación parezca menos formal. Pero está mucho más llena de cosas que nuestra propia sala, con más mesitas con objetos de porcelana y de plata sobre ellas, pero muy pocas flores.

—¿Y ellos, cómo son?

—Muy agradables —continuó calmamente la señora Garland—. La señora Davis es toda una dama, me dio la impresión. Debe de haber sido una mujer muy guapa, y aún se conserva bien. No conoce a nadie en Richstead. El hijo es artista...

—Byron —May susurró a Gwen.

—Y el señor Davis es abogado. La señora Davis habla bastante. Deben de haber sido ricos en algún momento; mencionó haber tenido un carruaje propio. Vivían en Bayswater.

—Y la hija, ¿cómo se llama? ¿Qué edad tiene?

—Debe de tener unos veinticinco años; sí, veinticuatro o veinticinco. ¿Su nombre? Vamos a ver, déjame pensar. He es-